

# KORESH

LA VERDADERA HISTORIA DE DAVID KORESH  
Y LA TRAGEDIA DE WACO

STEPHAN TALTY

Prólogo de BENJAMÍN VILLEGAS  
Traducción de HÉCTOR CASTELLS

CONTRA

*Koresh: The True Story of David Koresh and the Tragedy at Waco*  
© 2023, Stephan Talty. Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Carles Murillo  
Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Septiembre de 2023  
© 2023, Contraediciones, S.L.  
c/ Elisenda de Pinós, 22  
08034 Barcelona  
contra@contraediciones.com  
www.editorialcontra.com

© 2023, Héctor Castells, de la traducción

ISBN: 978-84-18282-94-2  
Depósito Legal: B 14670-2023  
Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Delphine,  
mi querida hija*

«Una tristeza descomunal por doquier; un poder descomunal.»

JOHN JAY CHAPMAN

# ÍNDICE

Prólogo de Benjamín Villegas	11	11. Los davidianos	113
Nota del autor	17	12. Las reuniones	127
Prefacio	19	13. Rachel	137
<b>PARTE I: HIJO DE LA ESTRELLA SOLITARIA</b>		14. David Bunds	149
1. Bonnie	25	15. Palestine	155
2. Vernon	31	16. California	159
3. Dallas	39	17. Marc	171
4. Vernon y Roy	51	18. Steve	181
5. El estudio	59	<b>PARTE III: LEJOS DE BABILONIA</b>	
6. Vernon y Linda	71	19. El asalto	197
7. Sandy	85	20. Coker	207
8. Todas las historias son mentira	95	21. Mount Carmel	217
9. Vientos salvajes	101	22. David y Vernon	223
<b>PARTE II: EL MENSAJE</b>		23. Newbold	227
10. Lois	107	24. La cinta del alarido	235
		25. Un supermercado increíble y gigantesco	241
		26. La Nueva Luz	245
		27. Marc agoniza	251

## **PARTE IV: EL MOMENTO DE LA VERDAD**

28. El enemigo	261
29. Doreen	265
30. La caída de Jerusalén	271
31. Waco	279
32. El juicio	285

## **PARTE V: LA AGENCIA**

33. La investigación	297
34. Vigilancia	309
35. Fort Hood	323
36. El factor sorpresa	331
37. Byron	349
38. Ambulancias	359

## **PARTE VI: MI EXTRAÑA OBRA**

39. Washington	373
----------------	-----

40. Irreconciliable	391
41. El indeciso	397
42. La Comisión Trilateral	409
43. La colina	423
44. Nebulosa	435
45. Aceptación	447
46. El manuscrito	459
47. Cartas	469
48. Gas	475
49. Cuerpos	495
50. Espectros	511
Epílogo	517
Agradecimientos	523

## **NOTA DEL AUTOR**

Este es un trabajo de no ficción basado en entrevistas, transcripciones del FBI y la línea telefónica 911, transcripciones de emisiones de radio y televisión, sermones grabados y fuentes publicadas. No se han inventado escenas ni personajes. Todos los diálogos están transcritos tal y como se grabaron o fueron contados por personas que presenciaron los acontecimientos de primera mano.

Este libro contiene escenas de agresión sexual y otras formas de violencia.

# PREFACIO

En la tarde del sábado 28 de marzo de 1993, David Koresh estaba de un humor de perros. Vestido con camiseta de tirantes y pantalones tejanos, yacía en la segunda planta de las instalaciones de la Rama Davidiana con la espalda apoyada contra la pared y hablando por teléfono con el FBI. Los agentes habían cortado el suministro eléctrico, de modo que el oscuro interior del edificio estaba iluminado por velas. Hacía mucho frío.

La línea telefónica asomaba subrepticamente del interior del inmueble y se extendía a ras de la misma tierra en cuyo extremo opuesto francotiradores del FBI inspeccionaban las ventanas del complejo. Estaban conectados a un teléfono instalado en el cuartel general, improvisado a un puñado de kilómetros de distancia. Allí, un equipo de cinco negociadores —principal, secundario, asesor técnico, transcriptor y responsable de la unidad— estaban sentados en una habitación amueblada espartanamente, escuchando y hablando.

Se cumplía un mes exacto del asedio a Waco, y Koresh tenía la sensación de que el FBI estaba cuestionando su hombruna. Habían invadido su hogar, se habían mofado de su evangelio y habían infestado de tanques las tierras que circundaban su casa. Los agentes le habían mostrado el dedo índice e incluso se habían bajado los pantalones para hacerle un calvo a sus seguidores. Estaba harto.

«Sois una panda de asesinos», dijo. «Niñatos asesinos. Mi propio país nos ha tratado a mí y a la gente que quiero de una forma que no está bien... Os habéis dedicado a faltarme al respeto... Le habéis faltado al respeto a mi religión.»



El negociador principal trató de calmarlo. El FBI había advertido que el humor de David podía cambiar con suma facilidad. En ocasiones, parecía que quisiera hacerse amigo de los negociadores, en su mayoría treintañeros y cuarentones. Llegó incluso a decirles, con su voz arrastrada, que los quería. David tenía un encanto de chaval crecido que podía resultar irresistible. Expresó también su deseo de quedar algún día con los negociadores del FBI para tomarse un par de cervezas. Quizá hasta podrían salir a recorrer juntos el lago Waco en sus motocicletas.

Hubo momentos en que sus conversaciones parecían más una terapia que una negociación. David recordaba su infancia en los pueblecitos del norte de Texas, su vida en familia, sus años de escuela. Hablaba de cómo habrían sido las cosas si hubiese hecho esto o lo otro. Tal vez hubiese podido convertirse en un héroe estadounidense de pura cepa, como el propio Eliot Ness del FBI.

DAVID: Si el presidente de los Estados Unidos hubiera venido a verme un día y me hubiera dicho: «Señor Howell, quiero que trabaje con los Estados Unidos de América: ha sido un buen ciudadano. He leído su expediente académico... Ha sido un buen ciudadano, señor Howell, y deseo que trabaje codo con codo con alguna división estratégica del FBI, y deseo también que nos ayude a luchar contra... contra los malos y contra todo lo demás, y me complacería ofrecerle este puesto...».

Entre las interferencias de la línea telefónica, su voz era cálida.

«Hubiese sido todo un honor, un orgullo tan grande —siguió diciendo— que podrían haber pasado por alto mi aparente mal inglés o mis malos antecedentes. ¿Sabéis a lo que me refiero?»

Fue conmovedor, en cierto modo. Los negociadores sabían que David mentía más que hablaba, que se inventaba historias protagonizadas por él mismo; pero hubo momentos en los que pareció bajar la guardia, y en esos momentos se mostró profundamente humano. Los negociadores le animaban. *Quién sabe* —le decían— *tal vez te levanten los cargos. Cosas más raras se han visto. Aprovecha y sal ahora, David, y verás que tu vida no ha terminado.* Más de treinta davidianos y sus hijos habían desalojado las instalaciones durante el asedio, los

últimos hacía cinco días. La música sonaba a todo volumen día y noche, el alumbrado eléctrico de alta potencia iluminaba la fachada del edificio y los motores de los tanques de combate Bradley rugían y retumbaban de madrugada.

Inevitablemente, la conversación se torcería. De vez en cuando, los viejos recuerdos despertaban viejos resentimientos.

—Os voy a decir cuatro cosas —despotricó una noche—. Os pensáis que me chupo el dedo.

—Rotundamente falso —respondió el negociador.

Pero David se mantuvo en sus trece. Estaba convencido de que los agentes le estaban mintiendo. Eran como computadoras IBM, todas repitiendo las mismas palabras del mismo guion con voces notablemente similares. Hombres inhumanos. David dejó entrever que llevaba tratando con una larga serie de carcamales igualitos a ellos desde que era pequeño. Era como si las voces de todos los abusos que llevaban castigándole durante las tres últimas décadas hubiesen sido grabadas en una cinta que le ponían en bucle, como un disco rayado, una y otra vez.

—¿Sabes una cosa? Vas a recibir tu merecido —le dijo al negociador—. Tus razonamientos, tus frases calculadas, ya sabes, tu... pasotismo ante la situación. Tienes un corazón de hielo. No eres más que un congelador, ¿sabes a lo que me refiero? Como ya te he dicho, me recuerdas a gente como mi padre, como mi padrastro...

—Pues nunca dijiste que fuera tan mal tipo —respondió el negociador.

—Te lo conté, claro que sí —dijo David—. Te dije que nunca supimos quién era... Oh, sí, vaya si era un mal tipo. Era un gánster.